

figuradas en oro todas las leyendas de Ovidio y de Virgilio: interminable desfile de personajes y de trajes semejantes al que en las vidrieras de las iglesias ocupa entonces los ojos de los fieles. De pronto una gran águila de oro, que se cierne cerca del sol y reluce como un carbunclo, baja con la rapidez del rayo y le arrebató en sus garras hasta más arriba de las estrellas, para dejarle después delante del palacio de la Fama, palacio resplandeciente de berilo, con brillantes ventanas y erguidas torrecillas, situado en el remate de un alto peñón de hielo casi inaccesible. Toda la parte Sur estaba cubierta de nombres grabados de hombres famosos, pero el sol los derretía continuamente. Por la parte Norte, los nombres, mejor resguardados, permanecían íntegros. En las torrecillas aparecían ministriles y juglares con Orfeo, Arión y los grandes arpistas; detrás de ellos infinidad de músicos con bocinas, flautas, cornamusas y zampoñas, cuyos sonidos llenaban el aire; por fin todos los encantadores, mágicos y profetas. Entra el poeta, y en un alto salón revestido de oro con realces de perlas, sobre un trono de carbunclo, ve sentada una mujer, «una grande y noble reina», entre una multitud infinita de heraldos cuyas bordadas túnicas ostentan las armas de los caballeros más famosos del mundo, y oye el son de los instrumentos y de la melodía celeste que entonan Callione y sus hermanas. Desde el trono hasta la puerta se extiende una fila de pilares, sobre los cuales se ven los grandes historiadores y los grandes poetas: Josefo sobre un pilar de plomo y de hierro; Estacio sobre un pilar de hierro tinto en sangre; Ovidio sobre un pilar de cobre; luego, en un pilar más alto que los otros, Homero, y también Tito Livio, Dares, Guido Colonna, Godofredo de Monmouth y los demás histo-

riadores de la guerra de Troya. ¿Hay que acabar de transcribir esa fantasmagoría en que la erudición acumulada deslució la invención pintoresca, y en que el tono festivo delata muchas veces que la visión no es más que un entretenimiento voluntario? El poeta y su lector se han representado durante media hora salas adornadas y animadas muchedumbres; al través del diáfano y dorado vapor que se complacían en seguir, ha corrido un tenue hilillo de ingenio. Basta: se han distraído con sus ilusiones fugitivas, y no piden más.

V

En medio de ese libertinaje del espíritu, entre esas exigencias refinadas y esa exaltación insaciable de la imaginación y de los sentidos, existía una pasión, el amor, que, concentrándolas todas, se había desenvuelto hasta lo sumo, y revelaba en compendio el encanto enfermizo, la profunda y funesta exageración que caracterizan á esa edad, y que más tarde reproducía la civilización española, floreciendo y pereciendo. Hacía tiempo que las cortes de amor habían formulado su teoría en Provenza. «Toda persona que ama, decían, palidece á la vista de la que ama. Toda acción del amante termina por pensar en lo amado. El amor no puede negar nada al amor (1).» Tal afán de la sensación extremada había conducido á los éxtasis y transportes de Guido Cavalcanti y de Dante, y se vió nacer en Languedoc una secta de ilusos, los

(1) Andrés el Capellán, en 1170.

penitentes del amor, que, para probar la violencia de su pasión, se vestían en verano de pieles y de telas recias, y en invierno de ligera gasa, y se paseaban de esa suerte por el campo, no sin que varios de ellos enfermasen y muriesen. En Inglaterra, Chaucer y sus imitadores explican en sus versos (1) el arte de amar, los diez mandamientos, los veinte estatutos del amor; el poeta ensalza á su dama, «su deliciosa margarita, su rosa bermeja», y pinta el amor en baladas, visiones, alegorías, poemas didácticos, y de mil modos. Es el amor caballeresco, exaltado, tal y como le concibió la Edad Media, pero, sobre todo, tierno. Troilo ama á Criseida como trovador; sin Pandaro, el tío de Criseida, se consumiría y acabaría por morir en silencio. No quiere revelar el nombre de la que ama; es menester que Pandaro se le arranque, que tome á su cargo todas las insinuaciones é invente todas las estratagemas. Troilo, tan fuerte y tan valiente en la batalla, delante de Criseida no sabe más que llorar, pedir perdón y desvanecerse. Criseida, por su parte, es la misma delicadeza. Cuando Pandaro le lleva por primera vez una carta de Troilo, vacila en tomarla, le da vergüenza abrirla, y no la abre sino porque su tío le dice que el pobre caballero va á morir. Desde las primeras palabras se pone «más encarnada que una rosa», y á pesar de lo respetuosa que es la carta, no quiere responder. No cede al fin sino á las importunidades de su tío, y contesta á Troilo que tendrá por él el afecto de una hermana. Troilo, á su vez, se encuentra trémulo; palidece cuando ve volver al mensajero;

(1) *The craft of love; the ten commandments of love; ballades; the court of love, the assemble of ladies.* Estos poemas no son de Chaucer.

duda de su ventura, y no se atreve á dar crédito á las seguridades que recibe. «Así como las flores, cerradas por el frío de la noche, se inclinan en su tallo, mas con el sol brillante se levantan y se abren á su paso», así su corazón se inunda repentinamente de alegría. Poco á poco, después de mil trabajos, y merced á la solicitud de Pandaro, consigue una respuesta satisfactoria, y ¡qué gracia tan deliciosa en esa respuesta!

«Cual joven ruiseñor que, al empezar su canto, se para sobresaltado al pronto, si oye el eco de un zagal ó algún ruido en el seto; y después, tranquilizándose, despliega su voz, así también Criseida, vencidos sus temores, abrió su corazón y reveló su pensamiento (1).»

El, no bien vislumbró una esperanza:

«Con voz alterada por el temor, con voz trémula como toda su persona, lleno de humildad, sonrojándose y palideciendo alternativamente, delante de Criseida, su adorada dama, bajos los ojos, y en actitud sumisa, ¡oh! la primera palabra que salió de sus labios, dos veces repetida, fué: ¡Gracias, gracias, dulce corazón mio!»

Ese ardiente amor se desborda en acentos apasionados, en transportes de felicidad. Lejos de ser mirado como una flaqueza, es la fuente de toda virtud. Troilo se vuelve más valiente, más generoso, más honrado; sus discursos versan ahora «sobre el amor y sobre la virtud; desprecia toda bajeza»; honra á las personas de mérito; alivia á los desgraciados. Y Criseida, extasiada, se repite el día entero con transportes de júbilo esta cantilena que es como el gorjeo de un ruiseñor:

«¿A quién sino á vos, Dios del amor, daré yo gra-

(1) Lib. III.

cias por toda la ventura que empieza á inundarme? Gracias á vos, señor, gracias, porque amo: así estoy en el camino derecho que ha de apartarme de todo vicio y pecado; así me acerco tanto á la virtud, que de día en día se enmienda mi voluntad. Y quien diga que el amor es un vicio es un envidioso, un novicio completo, ó un ser incapaz de amar. Mas yo, ya lo he dicho, quiero amar hasta el fin, con toda mi alma, á mi caro corazón, á mi fiel caballero, á quien profeso una adhesión tan firme (como él á mí) que durará por siempre (1).»

Pero viene el infortunio. Su padre Calcas la reclama, y los troyanos deciden restituírsela á cambio de los prisioneros. Al saber esta noticia, ella se desmaya, y Troilo quiere matarse. El amor parece infinito en aquel tiempo; juega con la muerte, porque constituye toda la vida; fuera de la vida superior y deliciosa que él produce, parece que ya no hay nada.

«Pero Dios quiso que volviera de su desmayo. Entonces empezó á suspirar y exclamó: «¡Troilo!» Y él respondió: «Criseida, señora mía, ¿vivís aún?» Y dejó caer su espada. «Sí, corazón mío, dijo ella, gracias sean dadas á Cupido.» En esto suspiró penosamente. El empezó á reanimarla como pudo; la cogió en sus brazos y la besó repetidas veces. Con esto, su alma, que revoloteaba ya en los aires, volvió á su triste seno. Pero al fin, al volver los ojos, vió la espada desenvainada, y empezó á gritar de miedo, preguntándole por qué la había sacado. Troilo le indicó el motivo, diciéndole cómo se habría matado con su espada. Al oírlo, Criseida le miró fijamente y le estrechó en sus brazos con energía, diciendo: «¡Misericordia, Dios mío!

(1) Lib. II.

¡Qué acción! ¡Ay! ¡Cuán cerca hemos estado de morir juntos (1)!»

¡Con qué juramentos, con qué lágrimas se separan! Y Troilo, solo en su aposento, no cesa de repetir: «¿Dónde está mi bien amada, mi dama querida? ¿Dónde está su blanco pecho? ¿dónde está? ¿dónde? ¿Dónde están sus brazos y sus brillantes ojos que ayer á estas horas estaban conmigo (2)?» Se dirige al sitio en donde la vió por primera vez; después á otro en que la oyó cantar; «no hay hora del día ó de la noche en que no piense en ella». Nadie ha encontrado después palabras más verdaderas y más tiernas; he ahí las encantadoras «ramas poéticas» que habían brotado al través de la ruda ignorancia y de las pomposas ostentaciones; el espíritu humano en la Edad Media había florecido hacia la parte donde divisaba la luz.

Pero en esa época no basta el relato para expresar la felicidad y el ensueño; es menester que el poeta vaya «á las llanuras que se visten de nuevo verdor, donde empiezan á brotar las florecillas, donde buenas y saludables lluvias renuevan todo lo viejo y muerto»; donde la alondra, «mensajera del día, saluda con sus cantos la pálida mañana; donde el sol, penetrando en la espesura, seca las gotas de plata suspendidas en las hojas (3)». Es menester que se absorba en las vagas delicias del campo, y que se desvanezca, como Dante, en la luz ideal de la alegoría. Los sueños del amor, para ser verdaderos, no deben tomar cuerpo demasiado visible, ni entrar en una historia demasiado enlazada; necesitan flotar en una lontananza vapo-

(1) Lib. IV.

(2) Libro V.

(3) *The Flour and the Leaf*, anónimo.

rosa; el alma en que susurran no puede pensar ya en las leyes de la vida; habita en otro mundo; se abstrae en la arrobadora emoción que la embarga, y ve surgir, mezclarse, tornar y desaparecer sus caras visiones, como se ve á las abejas en estío, sobre la pendiente de una colina, revoloteando en una nube de luz y girando en torno de las flores.

Una mañana, dice una dama, á los primeros albores del día entré en un encinar, «donde las anchas ramas, cargadas de flores nuevas, extendíanse frente al sol, rojas las unas, otras con una bella luz verde». «Y estando yo mirando aquel deleitoso sitio, creí aspirar de pronto tan dulce olor de agavanzo, que el alma más desesperada, más agobiada de sombríos pensamientos, no podía menos de sentir algún consuelo, con sólo percibir una vez tan suave olor. Y hallándome de pie, y volviendo los ojos, vi el más hermoso níspero que en mi vida contemplé, tan lleno de flores que más no cabía, y encima un jilguero que saltaba graciosamente de rama en rama, y picaba á capricho aquí y allí los pimpollos y las flores. Y cuando estaba sentada, escuchando de esa suerte á los pájaros, me pareció oír de pronto las voces más dulces y deliciosas que ningún hombre oyó jamás en su vida, porque su armonía y dulce acuerdo formaban tan excelente música, que las voces parecían en verdad las de los ángeles (1).»

Después ve venir multitud de damas con vestidos de terciopelo blanco, «bordados de esmeraldas, de grandes perlas redondas, de diamantes finos y de rojos rubies». Y todas llevaban en el pelo «una rica red de oro adornada de ricas piedras espléndidas», con

(1) *The Flour and the Leaf.*

una corona de frescas y verdes ramas, unas de laurel, otras de madreselva, otras de agnocasto. Al mismo tiempo se acercaba un ejército de valientes caballeros espléndidamente ataviados, con cascos de oro, con corazas que brillaban como el sol, y montando nobles corceles con caparazones escarlata. Damas y caballeros eran los servidores de la Hoja, y se sentaron bajo una inmensa encina á los pies de su reina.

Por otra parte llegaba una muchedumbre de damas tan magníficas como las precedentes, pero coronadas de flores. Eran las servidoras de la Flor. Desmontaron y se pusieron á bailar en la pradera. Pero subían al cielo densos nubarrones, y se desencadenó la tempestad. Quisieron guarecerse debajo de una encina; no había ya sitio. Se ocultaron como pudieron al abrigo de setos y matorrales. La lluvia marchitó sus coronas, ajó sus vestidos y se llevó sus adornos. Cuando tornó á lucir el sol, fueron á pedir socorro á la reina de la Hoja. Esta, misericordiosa, las consoló, reparó el ultraje de la lluvia, y les devolvió su pristina belleza. Luego desapareció todo como un sueño.

Asombrábase la paseante, cuando vió de repente una hermosa dama que iba á enterarla de todo. Supo que los servidores de la Hoja habían vivido como valientes caballeros, y que los de la Flor habían amado la ociosidad y el placer. Ella prometió servir á la Hoja, y se volvió.

¿Es esto una alegoría? Lo menos que puede decirse es que no hay sombra de agudeza; no se ve enigma ingenioso. Campea aquí la fantasía como única soberana, y el poeta no piensa más que en desarrollar en plácidos versos el cortejo brillante y fugitivo que viene á distraer su alma y cautivar sus ojos.

El poeta mismo, el primer día de Mayo, se levanta y

se va á una pradera. Con el cálido y suave aire penetra el amor en su corazón; la campiña se transfigura; los pájaros hablan, y él los oye:

«Allí me senté entre las bellas flores, y vi salir los pájaros, saltando, de las enramadas donde habían reposado toda la noche. Estaban tan alegres con la luz del día, que empezaron á tributar á Mayo sus honores. Todos sabían ese rito de memoria. Había más de una nota cariñosa. Unos cantaban alto, como si se quejasen; otros de distinta manera, como consumidos de ansiedad, y algunos haciendo pleno alarde de su garganta. Se peinaban y abrillantaban las plumas; bailaban y brincaban sobre las briznas de hierba: y siempre dos á dos, juntos, como si se hubiesen elegido en Febrero, el día de San Valentín, para aquel año. Y el río á cuya margen estaba sentado yo hacía, al correr, un ruido tan acorde con la armonía de los pájaros, que parecióme la mejor melodía que pudiese oír un hombre (1).»

Esa confusa sinfonía de ruidos vagos, embarga los sentidos; invade el alma secreta languidez. La monótona voz del cuclillo sale como un suspiro tierno y doloroso por entre los blancos troncos de los fresnos; las triunfales notas del ruiseñor fluyen y circulan por encima de la bóveda del follaje; todo invita á soñar, y Chaucer los oye á ambos disputar sobre el amor. Cantan alternativamente una canción contraria, y el ruiseñor llora de pena oyendo al cuclillo hablar mal del amor. Se consuela, no obstante, escuchando la voz del poeta, al ver que sufre con él.

«Pues bien (dice): usa de ese remedio. Todos los

(1) *The boke of Cupid... or the cuckow and the nightingale.*
Anónimo.

días, en este hermoso mes de Mayo, ve á mirar la fresca margarita, y cuando estés á punto de morirte de pena, eso dulcificará grandemente tu aficción. No te olvides nunca de ser fiel y bueno, y por amor á ti entonaré, tan alto como pueda, una de las nuevas canciones. Luego empezó á cantar con voz sonora: «Condeno á cuantos son infieles en amor.»

A tan exquisitas delicadezas había conducido el amor á esta poesía, como á la de Petrarca; y aun por refinamiento, como en Petrarca, se extravía á veces en el discreteo, los *conceiti* y las agudezas. Pero un carácter acentuado le separa al punto de Petrarca. Si es exaltado, es juntamente gracioso, travieso, chancero, malicioso, sensual y un tanto parlanchín, á la manera francesa. Es que aquí el poeta inglés sigue á sus verdaderos maestros, y él mismo es purista, afluente, risueño, amante del placer refinado, discípulo del *Poema de la Rosa*, y mucho más francés que italiano (1). La tendencia del carácter francés hace del amor, no una pasión, sino un delicioso festín, dispuesto con gusto, donde el servicio es elegante, fino el manjar, brillante la vajilla, y donde los dos comensales se presentan engalanados, y son personas ingeniosas y dispuestas á atenderse, á complacerse, á divertirse y á marcharse después cada cual por su lado. En Chaucer, al par de los trozos sentimentales, se ve fluir esa otra vena completamente mundana. Si Troilo es un enamorado lloricón, Pandaro es un tunante desaprensivo que se ofrece á desempeñar el más extraño papel con placentera insistencia, con una inmoralidad candorosa, y

(1) Stendhal, *De l'amour*: diferencia entre el amor-gusto y el amor-pasión.

le desempeña concienzudamente, gratis y hasta el fin. En esos buenos pasos le acompaña Chaucer, sin escandalizarse, todo lo lejos posible. Al contrario, se huelga. En el momento delicado, con visible hipocresía, se escuda tras el nombre de su autor. Si esto os parece libre, dice, no es culpa mía: «así lo escribieron los doctos en sus rancios libros», y hay que traducir lo que está escrito. No sólo se nos presenta alegre, sino zumbón, desde el principio hasta el fin; ve claro al través de los subterfugios del pudor femenino; se ríe maliciosamente, y sabe bien lo que ocultan; parece decirnos poniéndose un dedo en los labios: «¡Cht!, dejad correr las palabras pomposas; vais á edificaros en seguida». Nos edificamos, en efecto, y él también; por eso en el momento escabroso se marcha y se lleva la luz, diciendo «que para nada hace falta allí, ni él tampoco.» «Troilo, dice Pandaro, si sois juicioso, no volváis á desvaneceros, porque se movería ruido, y vendrían.» Troilo procura no desvanecerse, y Criseida, ya sola con él, habla al fin. ¡Con qué ingenio y con qué discreta finura! Aquí todo es primor; ninguna grosería. La dicha lo encubre todo, aun la voluptuosidad, con la profusión y los perfumes de sus divinas rosas; á lo más asoma una ligera punta de malicia: Troilo tiene en los brazos á su dama: «No nos ponga Dios en peores trances.» El poeta está casi tan contento como ellos; para él, como para los hombres de su época, el soberano bien es el amor, no tímido, sino satisfecho; hasta se acaba por considerar como un mérito esa clase de amor. Las damas declaran en sus sentencias «que, cuando se ama, no se puede negar nada á quien os ama». El amor tiene fuerza de ley; está inscrito en un código; se le mezcla con la religión, y hay una misa del amor en que los pájaros, con sus cantos al

ternados (1), nos ofrecen un oficio divino como el de la misa. Chaucer maldice con todo su corazón al avariento y al hombre de negocios que le tratan de locura: «Dios debería ponerles orejas de burro tan largas como las de Midas... para enseñarles que ellos se revuelcan en el vicio, y no los amantes á quienes desprecian. ¡Que Dios les dé mala suerte, y proteja á todos los amantes!» Obvio es que aquí falta la severidad. Es rara en las literaturas del Mediodía; los italianos, en la Edad Media, convertían el júbilo en una virtud, y ya veis que esé mundo caballeresco, tal y como Francia le inventó, ensancha la moral hasta confundirla con el placer.

VI

Todavía hay rasgos más festivos: ahora viene la verdadera literatura gala, los sabrosos *fabliaux*, las malas pasadas jugadas al prójimo, no envueltas en la frase ciceroniana de Boccacio, sino contadas con soltura y por un hombre de buen humor. Ahora viene sobre todo la malicia vivaracha, el arte de reirse á expensas del vecino. Chaucer tiene más que Rutebeuf, y á veces tanta como La Fontaine. No aplasta; pincha de pasada, y no por odio ó indignación profunda, sino

(1) *The Court of Love*, hacia 1353 y siguientes. Véase también el *Testamento del Amor* (atribuidos erróneamente á Chaucer).